

MANUEL ABASCAL (1894-1929)

Juan B. Morelli¹

I

En setiembre de 1943, el Dr. Juan B. Morelli elaboró un opúsculo, publicado por Editorial Mosca Hermanos S.C., de Montevideo, titulado "Manuel Abascal: Un médico apóstol". En él, como palabras liminares, los editores dicen:

"Son muchos aún, los que siguen creyendo y hasta afirmando con enfática despreocupación o calculado interés, que la religión no se puede avenir con la ciencia, pese a las mil aseveraciones en contra que se vienen sucediendo en todos los planos, y que aquellos se empeñan en no reconocer o silenciar por soberbia o por ignorancia.

MANUEL ABASCAL fue un mentís más a esta aseveración antojadiza. Lo comprobó con su corta vida, consumida ejemplarmente sobre el ara del deber, dejando tras sí, como herencia espiritual, el confortador ejemplo de su ciencia médica excepcional, ejercida con amor de apóstol; y, su recia fe cristiana, que sobrenaturalizó todos los actos de su vida viviéndola sinceramente con un sentido de santidad.

La semblanza de este joven de excepción, por su talento y por su virtud, escrita con cariño enfervorizante, y que damos a la publicidad, como ejemplo señero a la juventud de la hora, se debe a la amabilidad de su autor, el Dr. Juan B. Morelli, conocido médico, de quien MANUEL ABASCAL fuera su discípulo dilecto, correspondiendo al pedido que en ese sentido le hicieran y agradecen

LOS EDITORES.

Montevideo, setiembre de 1943."

¹ Debemos el conocimiento de esta obra a la gentileza de nuestra querida amiga, la Dra. Mariana González Oxhacelay de Nandín Stábile, odontóloga residente en la ciudad de Maldonado, quien nos confió este texto hace un par de años, en la esperanza de que algún día fuera nuevamente difundido, como lo fue hace más de 65 años, cuando fue publicado por vez primera. Agradecemos a ella su fina atención, que nos permite rescatar un texto poco conocido y una vida digna de ser difundida. Esta obra muestra, por otra parte, la amplia gama de sentimientos, creencias y personalidades que adornan la Medicina nacional, a través de su historia. [Folleto de 68 páginas, encuadernado en cartulina, impreso por Mosca Hermanos Editores, 1943].

II

Bajo el título "Dos líneas de prólogo" el autor estampa:

"El libro que publico a instancia de mi meritorio editor, tiene por móvil de propender a edificar nuestro medio juvenil y adulto con la relación de una vida ejemplar y luminosa y por disculpa y justificación el hecho para mí precioso, de que durante nueve años estuve ligado como ninguno, con el Dr. Abascal.

Creo cumplir con un deber ineludible y sagrado, al escribir la narración de su vida y también la de su muerte, porque fluyen de ambas grandes enseñanzas, que si siempre serán preciosas para la querida patria uruguaya, lo serán seguramente más ahora en que estamos azotados por las angustias de este nuevo Apocalipsis. Vidas como la del Dr. Manuel Abascal lo hacen más confiado a uno en el porvenir de este querido pueblo."

III

MANUEL ABASCAL. SU VIDA.

Fue Manuel Abascal una figura verdaderamente excepcional. Se destacó durante su vida y más aún, después de su muerte, a medida que se iban conociendo innumerables acciones y pensamientos suyos, y por detalles de su muerte, que fue al mismo tiempo motivo de edificación y de asombro.

Vida de pureza y abnegación, verdaderamente insuperables; puestas ambas virtudes al servicio de su profesión de médica, y una religiosidad profunda, que informaba siempre y en todo momento sus actos. Fue la vida de Abascal, una vida de continuo, elevado y eficiente apostolado; queda para la juventud como un ejemplo, y para los médicos como un modelo.

Nació Manuel Abascal en el Salto, el 17 de marzo de 1894, en el seno de una familia de sólidas virtudes y constantes prácticas religiosas. Educado en colegio de Hermanas primero y de Hermanos después, pasó al Liceo de esa ciudad, en el que terminó sus estudios secundarios y preparatorios, trasladándose en 1916 a esta capital para cursar sus estudios de Medicina.

Había perdido ya en la ciudad salteña a su padre y a una hermana pequeña. En el mismo año de su llegada a esta ciudad, perdió a otra hermana. El hogar quedaba, pues, reducido a tres personas: la madre, recia figura de creyente, dolorida por la pérdida de tres seres queridos, su digna hermana María Teresa, actualmente religiosa, en la Orden de la Inmaculada Concepción y Manuel.

Las dos mujeres vivían entregadas al amor de Dios y al cuidado de ese adolescente, que se señalaba ya con relieves singulares. Cursados con brillantez los seis años de estudios, se graduaba de Doctor en Medicina y Cirugía a principio del año 1922.

Desde ese momento iba a revelarse (aunque incompletamente) tanto en el terreno profesional como en el universitario; en este último debía alcanzar sucesivamente los cargos de jefe de clínica, asistente de la misma, y profesor agregado. Tuve el privilegio de tenerlo siempre a mi lado, desde que comenzó a cursar Clínica Terapéutica, hasta el momento de su muerte.

Su vida de estudiante se desarrolló con perfección y regularidad. Como discípulo de las escuelas elementales en el Salto, estuvo siempre dedicado a sus libros. En el Colegio de Ossimani brilló por su inteligencia clara como por su contracción. En el Colegio de la Sagrada Familia mereció un premio especial. Llegado a Montevideo se perfiló por su amor a las materias que iba cursando.

Así iba creando su joven personalidad, destacándose en el ambiente liceal y universitario.

IV

Ingresado en la Facultad de Medicina se dedicó por entero a los estudios que habían de constituir la materia de su actividad científica y profesional, pero al mismo tiempo también, el medio de que utilizara al servicio de los altos sentimientos espirituales que se iban afirmando.

V

Una vez terminados sus estudios reglamentarios fue llamado al puesto de Jefe de Clínica del Aula No. III. Fue durante los tres años que duró su clinicato que se reveló médico de sala ideal. Ideal en toda la extensión de la palabra. Médico solícito e infatigable que atendía a la sala, entregada a sus cuidados, sin tener en cuenta el cansancio propio ni el tiempo que debía emplear revisando los enfermos. Fue bien pronto motivo de profundo respeto y amor tierno de sus pacientes que lo designaban llamándolo cariñosamente Dr. Manuelito.

Pero al mismo tiempo cuidaba del alma de aquellos que eran confiados implícitamente también a su espíritu. Los consuelos y auxilios morales no faltaban en ningún momento.

Llegado el momento del fallecimiento del paciente, de nuevo se presentaba en él el hombre de ciencia, y corría en pos del médico anatómo patólogo para que efectuara el examen post mortem, el

estudio final que había de completar el estudio del caso, que había de someter luego a la consideración de su jefe de servicio.

Ejerció su profesión, especialmente en los barrios del Paso del Molino, en el que vivía, y en el de la Aguada, que le fue señalado como radio por el Círculo Católico de Obreros, a cuya clientela dedicó la mayor parte de sus actividades profesionales. Al mismo tiempo se dedicaba al estudio y a la enseñanza de la Medicina en la clínica por él elegida en el Hospital Maciel. Sus lecciones eran las que contaban con mayor número de alumnos.

VI

Enseñaba con verdadero amor; amor doble: a la ciencia y a sus discípulos. Se empeñaba en que comprendieran bien; repetía a menudo cuando creía que no le habían comprendido, llegando, si era necesario, a la enseñanza individual. Vigilaba cariñosamente al estudiantado, y más de una vez, al notar que algún alumno se había ido a conversar al corredor, se fue detrás de él a convencerlo para que volviera a la sala, porque había un enfermo interesante, un fenómeno instructivo...

VII

Quedan de él, como pruebas indelebles de su espíritu de observación, algunos trabajos médicos que comunicados a la Sociedad de Medicina fueron publicados en la Revista Médica del Uruguay.

VIII

Asistente de mi clínica había elegido para dictar el curso complementario de Semiología la hora que precedía a la de mi clase. No hay que decir que concurría a su enseñanza con extrema puntualidad. Se retiraba en el momento en que yo llegaba, requerido por las exigencias de su trabajo.

De esta blanca figura me esforzaré por trazar en las líneas siguientes las características más salientes, valiéndome al efecto de hechos recogidos directamente o facilitados por personas dignas de fe y de algunos pensamientos que fueron escritos a medida que surgían del espíritu y que guardados en cajones de su escritorio o entre libros de su biblioteca fueron hallados por su hermana, después de su muerte. A estos pensamientos me refiero en el texto al transcribirlos entre comillas.

IX

ABASCAL MÉDICO

Al volver de la Colación de Grados, enunció en su casa una de las preocupaciones que debían embargar su vida profesional: "Uno cree saber, pero ¡cuánto hay que estudiar!"

Y siguió estudiando intensamente, más aún si era posible, que cuando era estudiante; ahí están sus libros subrayados y anotados que lo atestiguan. En las palabras siguientes había trazado su línea de conducta: "el ejercicio médico lleva consigo una gran responsabilidad, es de gran utilidad efectuarlo con prudencia, con tenacidad y con fe", y se entregó a Dios, a los suyos y a los enfermos.

Dejó escrito también "Trabajo y Verdad": excelente norma de conducta para los que ocupan ese recio y digno puesto de combate que se llamaba Medicina. El combate contra el sufrimiento, contra el dolor: "Si el médico no tuviera que luchar contra el dolor, su ejercicio sería menos penoso, pero también menos noble". "La nobleza del médico es hermana inseparable del dolor". Esos fueron los principios directivos de su vida profesional.

Se ha abusado tanto del término apostado para señalar la vida profesional de tantos médicos que no han hecho más que cumplir con las obligaciones morales más esenciales de su profesión, que yo temería que al emplearla aquí para Abascal, pudiera despertar en mis lectores la impresión de que se trataba de un nuevo y enfático lugar común; si no fuera que para millares de personas que lo han conocido, esa designación es la única apropiada y que no existe ninguna otra que pueda ser aplicada en este caso con igual justicia: Médico apóstol fue Manuel Abascal. En el ejercicio de la profesión médica se prodigó sin tasa, sin interés, y sin consideración para consigo mismo. Que lo diga si no, todo el pobrería del Paso del Molino, que fue su clientela obligada. Que lo diga toda esa población de casillas de madera y de lata que constelan los alrededores. Nunca fueron en vano a solicitar asistencia a su casa de la calle Maturana y no notaron en su rostro o en sus modales, al penetrar en su pobre morada, una diferencia en su modo de ser, de cuando acudía al llamado de una persona acomodada.

X

Y esa clientela de socios del Círculo Católico, que acudían en legión a su consultorio, puede atestiguar que para ese médico no existían limitaciones de horario, y que más de una vez, recién a las diez

de la noche, atendido el último paciente, podía ir a su casa a cenar, no sin ver algún otro enfermo de pasada.

Muy a menudo, era tal su número, que recién llegaba a media noche a tomar su cena. Y siempre sonriente, siempre afable y siempre sin lástima para sí mismo. Pero esa lástima la sentían muchas veces sus enfermos. Me informa su casera que más de una vez, al prolongarse en forma desmedida el trabajo de consultorio, algunos enfermos se retiraban por compasión por este recargo de tarea.

Esta dilatación de sus tareas, que era habitual en su consultorio de radio de la calle Magallanes, no podía efectuarse en el consultorio Social Central, pues otro médico, llegada la hora, esperaba su turno y había que cederle el puesto. Precisamente, este afán de atender a todos los enfermos que solicitaban su asistencia, aún después de terminado su horario, motivó una nota respetuosa de la presidencia del Círculo, en la cual se le pedía que hiciera el bien de suspender su labor una vez llegada la hora. Y agregaba a modo de comentario: "pluguiera Dios que todos nuestros facultativos nos suscitaran cada día conflictos como el que nos ocupa". El Comentario que respecto a esta incidencia hizo Abascal en su casa, fue alegrarse de que en su consultorio social de la calle Magallanes, nadie podía limitarles las horas de trabajo a favor de los socios del Círculo.

XI

¡Y qué conciencia en la parte médica de la asistencia, qué estudio prolijo del caso, qué meticulosidad para todos los detalles de la cura! Ni aún enfermo interrumpía la asistencia de sus pacientes. Hubo de demostrarlo varias veces, ya desde estudiante. Lo hizo con verdadero estoicismo. Encargado de efectuar una serie de inyecciones a una enfermita, concurría todos los días al domicilio de ésta a ese objeto. Una de las veces, en el trayecto resbaló, cayéndose; al levantarse, sintió un dolor intenso por encima del pie, pero ello no fue obstáculo para que marchara sufriendo intensamente hasta la casa de la enferma; llegado allí se desmayó.

Volvió a su casa, transportado en el vehículo de un panadero.

Ya médico, continuó descuidando su salud en obsequio a la de sus enfermos. En una de las epidemias de gripe que se repitieron periódicamente en nuestro medio, se sintió atacado por el mal. ¡Hecho insólito! Pidió una licencia por una decena de días; pero empezaron a aumentar los enfermos antes que la licencia fuese otorgada, y Abascal, afiebrado y tosiendo, siguió atendiendo a sus pacientes. No se aplicó más el termómetro para ignorar si tenía fiebre y se curó trabajando, en la calle.

XII

¿CUÁL FUE SU PROGRAMA DE EJERCICIO PROFESIONAL?

Uno de sus pensamientos puntualiza su programa de acción como médico: "Si quieres vencer, lucha; pero no basta la lucha: para vencer es necesario, además, la verdad. El perfecto conocimiento es necesario, pero no basta; es imprescindible la oportunidad unida a la exactitud. Ya hemos avanzado bastante, pero aún falta algo y es la tenacidad, para que nada quede por hacer, y la brevedad, si es posible, por el ahorro de tiempo y de fuerzas que representa. Estamos casi al fin, pero falta algo, que es como la sal que conserva los manjares, y esto que falta es el optimismo que te hará sentir la alegría y la esperanza en la lucha por la victoria, que es la salud del paciente".

No se disimulaba, sin embargo, las dificultades a veces grandes de la ciencia médica: "Todo médico, más que nadie, ante un enfermo con diagnóstico difícil recuerda aquellas palabras del padre de la Medicina en el primero de sus célebres aforismos: "La vida es corta, el arte largo, la ocasión fugitiva, la experiencia engañadora, el juicio difícil; y a medida que el médico encuentra piedras en el camino, constata por sí mismo que papá Hipócrates no o estaba equivocado".

Ejercía la profesión con un entusiasmo que derivaba de la confianza que ponía en los recursos de la medicina. He aquí su pensar al respecto: "El médico no debe ser escéptico, ya que cura bastantes veces y siempre mayor número de casos que aquel que el público le atribuye. Además, alivia casi siempre, y no es poco, sino mucho, el endulzar las penas del prójimo en los casos en que otra cosa no se puede conseguir. Por fin, puede decirse, sin temor a desmentido que el buen médico consuela siempre; y en esto recibe la grave satisfacción del deber cumplido en toda su hermosa acepción en el rudo y digno ejercicio médico".

XIII

MÉDICO DEL ALMA Y DEL CUERPO

Seguramente, más aún del alma que del cuerpo. La simpatía, la esperanza y el consuelo que irradiaban de su persona producían una profunda impresión en todos aquellos que lo trataban, a más de la aureola de virtudes que rodeaban su inalterable paciencia. La alegría que infundía con su sonrisa angelical, el ánimo y la fe, toda la fe que sabía despertar y robustecer, aseguraban de antemano el éxito para sus palabras y para sus designios.

Con habilidad suma y dulce autoridad sabía despertar y mantener la esperanza y la paciencia de sus enfermos. Completaba así en el terreno del espíritu, la acción médica encomendada a su saber y a su diligencia. Pero, no limitaba ahí su acción moral. Como de paso a veces y de una manera discreta, directamente otras, ante la evidencia o la confianza de las situaciones, encontraba siempre la palabra de consuelo y el consejo eficaz para hacer sobrellevar las penas de la vida y para no perder la confianza en Dios.

Ponía toda su voluntad y toda la fuerza que derivaba de sus virtudes al servicio de la propagación de la fe. Dios estaba siempre en sus móviles y sus acciones y muy a menudo en sus palabras. En su pensamiento siempre. Sus confesores sabrán si efectivamente, como yo lo creo, puso en todas, absolutamente en todas las ocasiones a Dios por encima de todas las cosas y por delante de todos sus actos.

Inculcó y practicó él mismo el principio de buscar el consuelo en Dios. "La mejor manera de resignarse, es poner a Dios entre el dolor y nosotros".

Supo utilizar el ejercicio de la Medicina como instrumento precioso de acercamiento a Dios. Lo movió el amor al prójimo, amor intenso y sin límites, derivado de un amor inconmensurable a Dios y al alma de sus semejantes. Ayudar a la salvación del alma, fue su persistente preocupación.

"Si miras la vida como un banquete, acuérdate de que tienes dos convidados, el cuerpo y el alma, y que en el mejor de los casos, es decir, si procedes bien, lo que das al cuerpo se pierde, mientras que lo que das al alma permanecerá para siempre".

El interés que ponía en el alma de sus clientes no cesaba, ni después de su muerte, y redoblaba cuando lo creía más necesario. Cada vez que acontecía una muerte sin que el difunto recibiera los sacramentos, con mortificaciones y oraciones, procuraba suplir esa falta de otros. Y en su casa, era moneda corriente: dos o más días de ayuno denunciaban que un cliente había muerto sin preparar su alma a comparecer ante Dios. No faltaba, naturalmente, la explicación de parte del abnegado penitente... se encontraba mal del estómago... Era la acción apostólica que continuaba después de la muerte.

Esa caridad con el alma de los muertos, con los que tenía algo que ver, se manifestó desde temprano. Un compañero de estudios me contó que al empezar la disección del primer cadáver en el anfiteatro de la facultad de Medicina, Abascal lo invitó a que lo acompañaran a hacer decir Misas por el alma de las personas que les serían de material de estudios.

Muchas veces, después de comer, cuando la asistencia de sus enfermos se lo permitió, volvió a casa de ellos u otras personas que lo necesitaron, a levantarles el espíritu, a animarlos, a fortificarles la

esperanza y a hablarles de Dios. Consideraba que la caridad, en su sentido más amplio, es parte integrante y esencial de la acción y del cometido del médico. Uno de sus papeles, dice: "¿Qué importa que tengas un mundo de ciencia y otro de experiencia si en la práctica demuestras que no tienes un adarme de caridad?".

Entendió la profesión de médico como una profesión de abnegación y sacrificio, en todos los terrenos, como un verdadero sacerdocio. "Hay dos sacerdotes, escribía, el del alma y el del cuerpo. Quitadles el espíritu de sacrificio con el cual deben cumplir (¡qué responsabilidad!) su elevado cargo, y veréis que toda la sabiduría y toda la buena voluntad son nada contra el embate diario que se ha de sostener y la amargura a sobrellevar; veréis, quizás, que faltó un freno para el espíritu de rebeldía que todos debemos dominar; veréis, en una palabra, cómo desaparece el puntal más fuerte de la verdadera caridad cristiana".

XIV

EL IDEAL DE SU VIDA

Lo dijo explícitamente él mismo, en una poseía que se encontró en su escritorio, dentro de un sobre dirigido a "Madre – calle Sarandí",² Firmada por "Secret", seudónimo que empleaba ocultando su personalidad en algunas publicaciones no médicas:

Transcribimos su texto:

PREFIERO EL INVIERNO

Invierno muy triste, muy gris y muy frío,
prefiero tu cierzo al sol del estío.
Nació mi Niñito Jesús entre pajas
Sintieron sus carnes, puras como lirios
la falta de abrigo, en la estación cruda,
en la estación fría.
Y tantos niñitos helados tiritan,
y piden y buscan hogar y un abrigo;
tienen sus manitas, antes sonrosadas,
azules ahora, azul y moradas...
y no tienen cuna y apenas un techo
contra las heladas... Por eso prefiero
llevarles abrigo, para que sus carnes,
no estén ateridas, para que se duerman

² "Madre" era el seudónimo de la Sra. Delia C. de Etchepare, que en aquel entonces tenía a su cargo una interesante sección muy leída en "El Bien Público".

para que sonrían, soñando que tienen
camita mullida.
Invierno del alma de Dios alejada,
lo que tocas secas, cuando pasas hielas,
Caridad redimes, Caridad levantas
Caridad consuelas, endulzas las penas.
Por eso prefiero llevarles consuelo,
a los pobrecitos cuyas almas hielan.
Por penas muy hondas, de Dios se alejaron,
no ven más la senda que los lleva al cielo,
los ojos cansados del fango, del cieno,
giran doblegados en torno del suelo.
La senda bendita mostrarles anhelo,
La hoguera que luego fundirá esos hielos;
¡Ovejas perdidas por tristes senderos
que vuelvan al lado del "Manso Cordero"
que a todos sustenta con manjar del cielo!
Invierno del alma de Dios alejada,
Esa noche eterna sin nueva alborada.
¡Servir yo de senda, servir yo de guía,
sacar a esas almas del fango en que viven,
darles fe en lo eterno, amor y alegría!

SECRET³

Ahí está, sin velos y sin reservas lo que era el ideal de la vida para Manuel Abascal. Salvar almas para y por el amor de Dios. A esa tarea se entregó, marcándose primero un programa para sí.

Dolorido pero no resentido se mostró cuando en raras ocasiones fue víctima de algunas maniobras que lo perjudicaran. Contándome, aunque demasiado tarde para que yo pudiera intentar un principio de reparación que a su debido tiempo pudiera ser eficaz, fue con una sonrisa acompañada con un levantamiento de hombros que me quiso significar su desinteresamiento compasivo sobre el triste episodio.

³ "Secret" fue una de las palabras empleadas por Manuel para firmar escritos que publicó ocultando su nombre. No se sabe si estos versos fueron publicados, pero se cree fueron hechos por él, en ocasión de un concurso literario promovido por "El Bien Público", pues fueron hallados escritos de su puño y letra y firmados con dicho seudónimo.

XV

LA FORMACIÓN DE UN CARÁCTER

Cuando fue discípulo de la escuela de la Sagrada Familia un día al cumplir con un deber de caligrafía, al constatar que ese escrito no era satisfactorio, fue llorando en busca de su madre y le dijo: "Mamá, mira que fea letra tengo". Su madre lo animó a perseverar y seguir escribiendo. Así lo hizo afanosamente esmerándose cada vez más y consiguió al fin de estar dotado de una hermosa caligrafía.

Ese mismo empeño de conquistar con fuerza de voluntad y repetición de sus esfuerzos el vencimiento de todos los obstáculos, especialmente de los propios, que oponían al cumplimiento de sus deberes.

Así nacía y fortalecía ese carácter que debía depurarse continuamente con actos sucesivos de humildad porque Abascal tenía, como veremos, un carácter sensible que le hacía sufrir mucho con los sinsabores y los dolores que nos depara la vida y con la duda de que sus fuerzas no le alcanzaran para cumplir con todas las obligaciones que se había impuesto. Esta duda y la interior desconfianza siempre están presentes en el alma de todo creyente de que no sirve a Dios con todo lo que debería y pudiera; es decir "la inquietud del cristiano" lo acompañó en toda su vida y hasta el último instante, cuando imploraba "la gracia de alcanzar el Purgatorio".

Nada traslucía de esa lucha consigo mismo y ninguno de los que al tratarlo y al encontrarlo siempre igual, con esa sonrisa angelical hubiera sospechado que esa tranquilidad, esa calma, podían esconder la lucha continua y vigilante del que está luchando en todo momento por alcanzar la perfección.

Quería atender a todos los llamados de sus enfermos. Absolutamente a todos; sin tener en cuenta ni horario de consultorio ni cansancio o más bien agotamiento de su cuerpo para seguir trabajando... cumpliendo con su deber. Terminaba a veces su consultorio a las 9 p.m. (debiendo hacerlo a las 6) y al enterarse de que tenía muchos llamados para cumplir no daba señales de impaciencia sino que con la sonrisa en los labios marchaba a ver los nuevos enfermos, hasta el último. Volvía a su casa a media noche, donde a veces lo esperaba un llamado. Concurría a atenderlo, porque explicaba que de otra manera no hubiera podido estar tranquilo.

La tranquilidad para él y para sus enfermos.

La abundancia de sus clientes del Círculo Católico de Obreros embargaron su tiempo desde los primeros momentos de su designación. Haciendo un esfuerzo hercúleo trataba de atender todos los llamados utilizando al efecto los medios de transportes usuales (tranvías, ómnibus, taxímetros). No quería comprar auto aunque sus

medios se lo permitían. Le parecía una ostentación vanidosa. Pero al fin tuvo que ceder. Los llamados eran tantos que tuvo que resignarse a emplear ese recurso, que consideraba como un lujo, pero que le permitía cumplir más ampliamente con sus pacientes.

XVI

INCANSABLE EN SUS OBRAS

Nunca descansaba. De diversiones se sabe que fue tan sólo dos veces en su vida al teatro. En los primeros tiempos iba al cine con su hermana. Chaplin era su artista preferido; pero en los últimos años renunció también a ese entretenimiento para entregarse exclusivamente a sus ideales. Porque dejó escrito: "La vida es corta, y quien ama la vida, no pierde su tiempo. En este fuerte ejercicio (se refería probablemente a él mismo) suele llegar un momento en que la vida transcurre de tal suerte que un trabajo es descanso de otro trabajo y una ocupación alivio de otra ocupación".

Amar la vida era para él emplearla enteramente, cada hora, cada instante en hacer continuamente el bien y ¡cumplía el deber sin interrupción ni pretextos!

Esta actividad constante y abnegada, mejor dicho sacrificada, no hubiera sido posible mantenerla sin un desfallecimiento, sin una vacilación, si no hubiera estado sostenida por un alma de excepción y por un espíritu profundamente cristiano y generosamente dotado en el terreno de las virtudes. Lo que explica que una persona de su familia me significara que Manuel no hacía ningún sacrificio conduciéndose como lo hacía. Se había trazado para su vida interior una línea de conducta que se podría hacer girar alrededor de cuatro renglones de la oración de Clemente XI, destinada a pedir todas las gracias.

XVII

DOMAR A LA NATURALEZA

Había Ante todo que domar la naturaleza.

La serenidad con que soportaba las injusticias y aceptaba las ingratitudes, no derivaban de una ingénita sensibilidad, no. Un miembro de su familia, me escribía a ese propósito: "Manuel poseía un carácter vivo y fácil para sentir cualquier ofensa que se le hiciera, de modo que la dulzura de que todos fuimos testigos, creo que tenía mucho de la virtud que Manuel vigilaba siempre".

Virtud, que consideraba indispensable para su tarea. En uno de sus pensamientos dice: "La placidez risueña y serena, puede pulir la aspereza del deber".

"Serenos y prudentes hay que ser en los hechos y las palabras; antes de hablar debes callar hasta que tengas la calma más completa y si no lo puedes conseguir, vete y no vuelvas hasta que no te olvides de lo que ha pasado. Esto nos dice que cuanto más predomine el sentimiento sobre la razón, mayor debe ser el tiempo requerido para recuperar calma y juicio sereno".

Reflexionemos que todo nos sugiere la prudencia:

"De la boca muere el pez... La naturaleza nos ha concedido doble cerrojo para guardar la lengua. No indignarse ante la ingratitud humana. Hay quien nos pagará con creces. Es cierto que la ingratitud nos hiere, pero qué importa. El bien que no paga el mundo, íntegramente lo paga Dios. ¿Y quién podrá pagarlo si no lo paga Él?"

"Feliz del calumniado que no pudo jamás sentir arder odio en el corazón, pues ya estaba encendido en verdadera caridad cristiana".

XVIII

CORRESPONDER A LA GRACIA

Hay que saber y querer corresponder a la gracia santificante y a las gracias particulares que se han recibido.

Consideraba Abascal que el médico ha recibido con su profesión una gracia grande, de la cual hay que ser digno.

Así, pues, el sacerdocio de la Medicina que hace de sus responsabilidades penas hondas, no deja de traer además sus múltiples recompensas en los ojos confiados de aquellos necesitados que sólo tienen a nosotros y todo esperan de nosotros. Entonces, pues, debemos decir: Bendito sea Dios que nos permite ejercer este noble sacerdocio, con todo nuestro saber, con todo nuestro querer. ¡Curar a menudo, aliviar casi siempre, consolar siempre!"

A la gracia trató de corresponder siempre: Vivió y murió bendiciendo a Dios.

XIX

GUARDAR VUESTRA LEY

Se puede asegurar sin temor de exageración, que Abascal llevó una vida tan perfecta, que difícilmente puede ser sobrepasada por un hombre que viviera fuera de las órdenes religiosas.

Una fe tan intensa, tan absorbente como era la que lo embargaba, no podía dejar elemento para alimentar ninguna pasión.

Después de su muerte, y al reflexionar sobre su vida, recién encontré la explicación de por qué Abascal, en una o dos ocasiones en que le había hablado de por qué el médico debe ser casado, se había sonrojado, y con evidente turbación había eludido contestar a ese consejo, cuya impropiedad nos resulta evidente hoy. Igual hecho sucedió en una iniciativa semejante del Doctor Lenguas.

Abascal atravesó la vida conservando su alma la pureza y el perfume de una blanca azucena. ¡Pero en qué condiciones de vida! Estudiante de colegio y de Liceo, alumno de la Facultad de Medicina, médico, profesional de numerosa clientela y venerado por ella, profesor... Pasó al lado de la vida de los demás, amenazado por todas las tentaciones y los fáciles halagos, sin fijarse en ellos. Apenas una compasiva sonrisa marcaba su pura comprensión. Había tal superior perfección en su exterior como para inspirar el respeto a los más libres y atrevidos.

En medios escépticos e irrespetuosos en los cuales le tocara actuar no ha habido ninguna voz discordante que pusiera en duda su pureza de costumbres.

Sus compañeros de la Facultad de Medicina siempre así lo reconocieron.

Su existencia fue un rayo de luz que corrió a lo largo de la vida atravesando todo y saliendo de todo con la misma pureza con que había penetrado.

“Quien dice que la caridad es un prejuicio, atestigua no conocer sino “la máscara de la caridad””.

Aislaba cuidadosamente la caridad exterior, establecida y codificada por preceptos oficiales, de la verdadera caridad.

“La pseudo caridad merece que la ley escrita la recuerde y ordene cumplir el derecho a la asistencia que tiene todo enfermo, pero la verdadera caridad está por fuera de la ley escrita y hace más y mejor que lo que ordena la ley”.

La caridad material, en todas sus formas, desde la asistencia gratuita hasta la suministración de recursos para remedios y alimentos y la dádiva de sus ropas a los necesitados que se las pedían, dándose a menudo el caso de regalar, en vez de las ropas más viejas, otras todavía en uso. Me contaba su hermana que una mañana de invierno se sorprendió al ver que Abascal volvía a su casa sin una lujosa echarpe que le habían regalado y que a su salida llevaba. Se la había dado a un canillita que estaba transido de frío...

Y la beneficencia, que se efectuaba regularmente en su casa, era calurosamente estimulada por él.

En el bien hecho a sus semejantes consideraba acatar la voluntad de Dios. “Hay que hacer caridad por amor a Dios y al prójimo, sin egoísmos presentes ni futuros”; esa es la verdadera caridad aunque:

“Cuando con perfecta caridad el rico socorre al pobre, podemos estar seguros de que en la otra vida veremos que en ese mismo momento el pobre socorrió al rico y al precio del ciento por uno, por el maravilloso poder de la caridad de un ser agradecido”.

No concebía que se pudiera ser médico digno de tal nombre, si no se tuviera esa virtud.

XX

Y MERECE MI SALVACIÓN

Por el ejercicio de todas las virtudes y obras buenas, por la caridad ante todo: “Yo que escribo y tú que lees, velemos siempre para que Dios no se vea obligado a repetir las palabras que dirigió a Caín”.

Y para conseguir la misericordia divina, la salvación y la gloria eterna, aspiración que lo tuvo angustiado hasta sus últimos momentos, practicó junto a la caridad para con los otros, la severidad para consigo mismo. “Justicia y no gracia para conmigo, gracia y no justicia para el hermano, ya que Dios ha dicho: “Con la misma vara que midieres y no con que te midieres””.

La vida exterior se señala también con nobles virtudes y por el ejercicio devoto de todas las obras de misericordia.

XXI

OBRAS DE MISERICORDIA

En primer término, las que corresponden a la más grande de las virtudes, a aquella que es esencial para el cristiano y de la cual derivan todas las demás, es decir, la caridad.

Así lo consideró Abascal, señalándolo como directiva de su conducta. “Sea nuestro constante anhelo en todos nuestros actos dirigidos por perfecta caridad cristiana”.

Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento: Cumplir la caridad humana con discreción, silenciosamente, para no herir la dignidad del beneficiado era para él una obligación con la que cumplía todos los momentos. El dinero no se detenía ningún momento en sus bolsillos... *Vestir al desnudo:* Cuántas veces pasaban las prendas de vestir de su guardarropa al cuerpo de los necesitados! Y también *alojar al peregrino:* Una clienta que debía ser operada en el Hospital, angustiada ante la idea de dejar abandonados a sus tres hijitos, se resistía a ese traslado.

El doctor Abascal se hace cargo de los niños y durante algunos días los alberga y cuida en su propia casa. *Enterrar a los muertos:* No

una, sino varias veces se encargó el médico de la piadosa tarea de lavar parcial o totalmente el cadáver y hasta de amortajarlo.

Además de las materiales, las obras morales. El interés espiritual por sus semejantes, la tolerancia y disculpa para las pequeñas faltas y los defectos de los demás, las condescendencias movidas por el espíritu de concordia: "Olvidando pequeños defectos ajenos, favorecemos la unión y concordia que traen consigo fuerzas para la acción que pueden ser indispensables".

Consideraba que se viola flagrantemente a los principios de la caridad cuando se desconfía sin una base segura:

"Debemos ser prudentes, pero no desconfiados. Desconfiando de tu hermano sin motivo, ni lo ayudas ni te ayudas. No te ayudas, puesto que te haces mal a ti mismo, disminuyendo tu nivel moral y tu parte de benevolencia y porque muy a menudo lo eres para servir, consciente o inconscientemente a tu egoísmo:

"La unión hace la fuerza; la desconfianza, sin motivo justificado, es el peor egoísmo y trae como castigo la desunión y la mezquindad de proceder".

Enseñar a los que no saben: Sí, pero con dulzura, que no excluya la firmeza. Para hacerlo eficaz y dignamente es indispensable hacerlo con caridad, porque "Querer enseñar agraviando, es un contrasentido".

La observación y la crítica de las opiniones ajenas tienen su justificación exclusiva en el deseo de destruir el error y de corregir al que lo admite y sostiene. Hay que contradecir con firmeza pero sin herir. En eso se revela la intención del que observa: "La censura que quiere corregir, jamás debe inferir agravio".

Cuando creía tener la verdad en el terreno científico, era sumamente tenaz en la discusión; en la Clínica y en la Sociedad de Medicina se hizo proverbial por su firmeza en la controversia.

Es que Abascal despreciaba tanto la mentira y el engaño, que se hubiera sentido aminorado si hubiera dejado pasar sin rectificación la alteración voluntaria o involuntaria de la verdad.

Fue siempre caritativo con el errado, pero inflexible con el error.

XXII

SU FE

Me represento la fe del Doctor Abascal como una corriente serena, constante y brillante, que comenzando desde el momento en que su espíritu se abría al mundo, fue aumentando de volumen hasta el momento de su muerte.

Niño todavía, en su ciudad natal, concurría a Misa en la que servía de acólito, muy temprano; su madre tenía que ayudarlo a

vestirse. La criatura, con los ojos hinchados de sueño, no encontraba todavía la fuerza suficiente para hacerlo por su propio esfuerzo. La que existía, completa y firme, era la voluntad de hacerlo.

A medida que iba creciendo aumentaban las manifestaciones de religiosidad. Sacrificios de descanso para comulgar antes de ir al Liceo, concurrencia asidua a las funciones religiosas, contribución personal a las colectas...

Ya médico, disponía, o más bien dicho, sabía encontrar el tiempo suficiente para continuar enteramente sus prácticas religiosas.

Iba a Misa en la Iglesia del Perpetuo Socorro, no obstante tener en frente de su casa la Capilla de los Padres Salesianos. Se disculpaba, una vez con uno de estos Padres de su no concurrencia a esta última Capilla, diciéndole que la primera Misa se oficiaba más temprano en la Iglesia de los P.P. Redentoristas dejándole luego, más tiempo para estudiar y trabajar.

Pero el verdadero motivo era otro. Le parecía que la ida a Misa a la Iglesia más próxima era demasiado cómoda y que debía elegir el otro camino de más largo trayecto, que él recorría muy temprano con cualquier tiempo, lluvia, granizo, viento, haciendo un verdadero sacrificio para prepararse dignamente al Santo Sacrificio. Nunca utilizaba para ello su auto; siempre hacía el recorrido a pie.

Llegaba temprano a la Iglesia. Antes de que abrieran sus puertas. S. E. el Dr. Miguel Paternain Obispo de Florida, a la sazón Padre Redentorista, hablando conmigo un día me refería que lo distinguían en su Comunidad como "El feligrés de la primera hora" puesto que ignoraban su nombre y lo debían ignorar por un tiempo de dos años; hasta que por casualidad descubrieron quien era ese humilde fiel que se complacía permanecer en la sombra siempre que fuera posible y que estaba día a día en espera de que se abriera la puerta del templo.

La llama interior iba creciendo y cristalizaba en su espíritu la decisión de orientar su vida y sus actividades al servicio de Dios.

Y así llegó a entregar completamente su espíritu a Dios de quien esperaba la luz para dirigirse, la fuerza para sostenerse, y llegado el fin de su jornada, la recompensa eterna.

Allí estaba la verdadera luz, porque "Los falsos sabios jamás serán partidarios de seguir al autor de la sabiduría. La verdadera Ciencia es un conjunto de verdades salidas de la interpretación de hechos bien estudiados. Muchos de los que están acostumbrados a interpretar los hechos han sentido que a Dios se le ve a través de estos hechos, pero no por esos hechos. Por perfecta que sea la interpretación de la parte, con ella sola no tendremos la visión del todo, y mucho menos del Autor de todo". Con toda profundidad de pensamiento señala así la diferencia entre el trabajo de la Ciencia y el de la creencia.

E insistía sobre el camino a seguir: "Si eres hombre de ciencia, busca a tu Dios primero en tu corazón, luego en la ciencia y verás que Dios está en los dos lados".

Pero ese camino había que buscarlo y seguirlo con un esfuerzo de voluntad. Ahí está el secreto, pues: "Basta alejarse de Dios para ver cómo empezamos a perder a Dios; basta acercarse a Dios para ver cómo empezamos a comprender a Dios".

Abordando el terreno de la indiferencia, denuncia la petulancia como causa frecuente de incredulidad: "Los que no creen en Dios, a veces piensan que saben mucho porque niegan mucho".

A este incrédulo opone el creyente: "El que cree en Dios y sabe su doctrina, no piensa que sabe todo, sino que sabe lo mejor de todo. Y el que no cree en Dios busca todo y busca inútilmente lo mejor de todo".

Sobre este punto vuelve repetidas veces. "¿Queréis con verdades humanas destruir la única verdad? Eso prueba que no tienes la verdad. Busca primero la Verdad y si la encuentras, verás que te conduce a Dios".

No obstante su ardiente fe y su espíritu proselitista, natural en todo sincero creyente, puso tanto tacto y tanta dulzura, había tanta elevación en su conducta, que jamás chocó con aquellos que no participaban de sus creencias.

Uno de ellos, hombre superior por cierto, ligado a Abascal por vínculos de gratitud y de admiración, decía sobre su tumba: "Feliz religión esta católica, capaz de dar hombres como Manuel Abascal".

Esto lo decía con emoción desbordante, con emoción imposible de ser reprimida, que saliendo a borbotones de su alma de gran luchador, venía a constituir un homenaje incontenible y solemne hacia las virtudes del gran extinto.

Esa voz, resonaba a nuestros oídos entre los cipreses de nuestro cementerio frío y luminoso en aquella hermosa tarde de Junio, como un grande y emocionado homenaje a nuestra Religión y a nuestro querido muerto.

Era el mismo hombre excepcional que años después de la muerte de Abascal mostrándome su retrato que mantenía sobre su escritorio con particular dilección, me decía: "Mírale los ojos, son ojos de cielo".

XXIII

FE Y CIENCIA

En la ciencia no encontraba, por cierto, oposición para la fe. Siempre creyó que los que niegan lo hacen porque sin saber creen saberlo todo.

La última vez que lo oí expresarse a este respecto fue en el auto en que lo llevábamos al Sanatorio a operarse. Hablamos sobre recientes operaciones quirúrgicas efectuadas sobre el cerebro, las que parecían contradecir las opiniones materialistas corrientes y Abascal, como conclusión, me manifestó que creía que a medida que iba adelantando la ciencia y acumulando más y más datos, resultarían éstos en apoyo de nuestra fe católica.

La fe era para él también una fuente de beneficios efectivos, porque en ella está el lenitivo mayor para todos los dolores: "La mejor manera de resignarse es poner a Dios entre el dolor y nosotros".

XXIV

RESPECTO A LOS SACERDOTES

Derivaba directamente de su fe un profundo respeto a la investidura sacerdotal. La consideración hacia los Ministros del Señor se manifestaba en todas las ocasiones; detrás y por encima del hombre, prestaba homenaje a Aquél a quien representaba. Era cosa habitual en Abascal, al encontrar un religioso estacionado a la espera de un tranvía, el invitarlo a subir en su automóvil, y en caso de aceptación de su ofrecimiento, llevarlo hasta su convento o a su domicilio particular. ¡Episodios de otras épocas de mayor respeto!

XXV

LA DEVOCIÓN A LA EUCARISTÍA

Solamente por causa de enfermedad dejaba alguna contada vez de Comulgar. Concurría a Misa todas las mañanas en condiciones tales de humildad y espíritu de sacrificio como para alcanzar la mayor santificación en ese acto.

No era solamente en provecho propio que practicaba la devoción de la Eucaristía. La Comunión de sus enfermos constituía una de sus grandes preocupaciones. Con tacto y dulzura, pero también con firmeza y constancia preparaba el espíritu de los creyentes a la recepción del Santísimo Sacramento.

Muy a menudo iba él personalmente a buscar el sacerdote, no tan sólo para facilitar y asegurar la administración del Sacramento, sino también como homenaje al mismo. Le había exigido al P. Garzetti, de la Capilla de enfrente, que le avisara cuando lo llamaran de noche con ese objeto, porque quería llevarlo en su automóvil.

Esta profunda devoción a la Eucaristía, la manifestaba en todo momento y ha contado el P. Wagner, de los Redentoristas, que le sucedió a él algunas veces salir temprano de la Iglesia para llevar las

santas especies a algún enfermo y encontrarse en la calle con el doctor Abascal y al darse éste cuenta de lo que transportaba el Padre, se arrodillaba en plena calzada con la mayor devoción.

Cuando estudiante tenía el hábito de concurrir todas las tardes al anochecer a la Capilla del Sacramento de la Catedral; pero no pudiendo, a su pesar, hacerlo a la Catedral, la hacía en la Iglesia que en ese momento estuviese más cercana.

XXVI

LA INDIFERENCIA DE LOS BIENES TERRENALES

Todos los bienes ligados a la vida material eran considerados por él con indiferencia, quizás con prevención. La modestia era la nota característica de todo lo que le pertenecía directamente: traje, muebles, habitación.

Su desprendimiento por el dinero era proverbial entre sus enfermos. NO cobraba honorarios casi a nadie. Cuando lo hacía, era a requerimiento de clientes pudientes que quedaban asombrados por la exigüidad de sus notas; y algunas veces le eran pagadas con el doble de su importe reclamado.

Todo lo que ganaba y que no daba en limosnas, se lo daba a su madre, todo, absolutamente todo. De manera que para el más ínfimo gasto personal tenía que pedirselo a ella. Igual que en la época de su niñez.

Una vez le oyó su hermane el deseo de ganar a la lotería; era para poder comprar una hermosa estatua de Santa Teresita que había visto en el bazar Druillet y llevarla de regalo al Perpetuo Socorro.

XXVII

LA HUMILDAD

La humildad era tan profunda como discreta. Con frecuencia pasaba desapercibida o salía a la luz por acción de factores inevitables.

En los últimos diez años se había impuesto la costumbre de lavar él mismo su ropa interior. Fueron inútiles las observaciones que se le hacían al respecto en su casa. A ellas contestaba invariablemente con su sonrisa característica en los labios: "Pero si esto no cuesta nada". Creo innecesario agregar que ese trabajo no representaba economía pecuniaria apreciable en el presupuesto doméstico.

Con la misma humildad se le veía a veces efectuar el lavado de los platos y de los vasos usados en las comidas.

Me refirió su hermana también que una vez en que por ausencia o enfermedad de las personas de servicio y de su madre, había quedado ella sola para el cuidado de la casa, Manuel, desoyendo sus protestas, la ayudaba hasta en la limpieza de la cocina.

Por supuesto, que huyó de toda clase de honores y distinciones.

Cuando ganó el concurso para profesor agregado, nos fue absolutamente imposible conseguir que aceptara una comida que queríamos ofrecerle sus compañeros de la Clínica. Se volvió materialmente invisible. Durante unos cuantos días desapareció del hospital y no pudimos ponernos en comunicación telefónica con él. He sabido después que había hecho descolgar el tubo del aparato, dejando muerta la línea durante un tiempo prudencial.

Otro caso análogo les sucedió a los Salesianos de la calle Maturana. Con el fin de festejar ese mismo triunfo habían preparado un lunch para obsequiar a Abascal. Llegó la noche, y al llegar éste a su domicilio recibe un llamado del Colegio pidiéndole que fuera a atender a un enfermo. Cosa ésta por otra parte verdadera.

Concurre Abascal inmediatamente al llamado, pero al ver los preparativos de la fiesta, huye apresuradamente a su casa y desde allí pide que se le envíe al enfermo, a quien atiende esmeradamente como de costumbre.

Llamado por mí a atender una tifoidea que había atacado a un ilustre hombre político, pasó a su cabecera cada noche sobre tres; y había que ver la manera con que en la mañana, terminada su guardia, esquivaba el empleo del automóvil de la casa ofrecido a su servicio, y cómo se sonrojaba y se sentía embarazado al instársele, infructuosamente, para que lo aprovechara por lo menos en el trayecto hasta su domicilio!

“No blasonéis de cosas grandes, dijo el apóstol de los gentiles, sino acomodaos a los más humildes”.

XXVIII

LA ÍNTIMA AUSTERIDAD

La austeridad de su vida fue acentuándose progresivamente, templada únicamente al exterior por su creciente dulzura. Sonriente por fuera, pero cada vez más duro consigo mismo, intensificando su sobriedad, aumentando la oración y alejándose cada vez más de las alegrías del mundo.

Una noche volvió a su casa impresionado porque asistiendo a una comida, había sido testigo del estado de ebriedad a que habían llegado algunos jóvenes. Desde entonces hizo propósito de no participar más

en ningún banquete. Se adhería, pagaba su cuota pero llegado el momento no asistía. Se conocen dos excepciones a esta decisión: la primera, a favor de un joven sacerdote, el P. Ayola, del cual había sido padrino, y la segunda, en una comida ofrecida a su jefe de servicio hospitalario.

Vestía modestamente, como modesto era su porte. Su palabra era mesurada, limitada a lo necesario. Nada de chistes ni de cuentos, honesta prudencia irreprochable de lenguaje. Se retiraba en seguida si delante de él se hacía uso de un lenguaje inconveniente, por cualquier parte que se le mirara.

Nunca hablaba de sí mismo y trataba de evitar que otras personas se ocupasen de él.

Nosotros, que llegamos a conocerlo bien, adivinábamos que a través de esa sonrisa dulce, de esa voz de timbre simpático, se ocultaba la respetable y edificante austeridad de un monje.

Su hermana me contó que a veces, cansado, después de almorzar se retiraba a su cuarto, a descansar decía, pero que en cambio se arrodillaba para rezar.

Tenía un verdadero culto por la verdad. Tanto en el terreno científico como en otros. Defendía las causas que creía justas con una firmeza y dialéctica que a primera vista, hubieran parecido hijas de una testarudez o fruto de un amor propio exagerado o de intolerancia ante los argumentos contrarios; pero esa impresión era bien pronto rectificada ante la expresión de modestia y casi de humildad con que parecía querer disculparse de su insistencia.

Recuerdo que una vez, en una sesión de la Sociedad de Medicina ante un ataque hecho por un distinguido profesor de la Facultad a una comunicación suya, rebatió larga y minuciosamente las fútiles e inconsistentes objeciones opuestas y su argumentación fue tan extensa y exhaustiva que tratamos mediante señas que le dirigíamos poner vallas a aquella triunfante y arrolladora dialéctica que había reducido a su contrincante de ocasión a recurrir a una defensa verbal e inconsistente.

No obstante el hondo cariño y el gran respeto que Abascal me profesaba, sostuvo conmigo más de una firme discusión en algún punto en que divergiéramos. Salvo en los casos en que tenía él la impresión de que mis palabras tenían el carácter de una enseñanza.

XXIX

AFECTOS TERRENALES

Como otros espíritus congéneres, amaba sentidamente a su anciana y enferma madre, la rodeaba de solícitos cuidados en todos los

momentos que estaba en su casa. Por la mañana, al volver de misa, a medio día y por la noche al acostarse, no dejaba de inquirir dulcemente el estado de su salud. Quería ayudarla a bajar y subir la escalera cuando ella iba a la Iglesia. Agonizando, en sus últimos momentos, la recomendaba, como veremos, a su hermana, a los médicos, disponía el tratamiento, se preocupaba de que le comunicasen la noticia de su muerte usando de la mayor prudencia.

Tenía también por su hermano un tierno cariño. Quiso profundamente a algunas otras personas, especialmente a aquellas a quienes atribuía algún beneficio o alguna atención. Ampliaba en tales proporciones esa gratitud hasta el punto de convertirlos en acreedores espirituales suyos.

XXX

SU ENFERMEDAD

Cayó enfermo en la madrugada del día 19 de junio de 1929.

Preso de fuertes dolores, resistió todo lo que pudo.

Me recibió en su casa, avergonzado: "Mire que uno es cobarde ante los dolores".

Consintió al fin, a las 7 de la mañana, en que se llamase al Dr. Lenguas, a fin de operarlo.

La intervención se efectuó una hora después extirpándose el apéndice que se creyó estar en causa. Pero los dolores no habían desaparecido; más tolerables, se habían vuelto más por momentos más intensos. Eso no obstante, al poder hablar, en instantes de tregua, se dirigió a su hermana: ¿Cómo está mamá? Avísenle que yo estoy mejor. Luego se durmió por la acción del éter, repitiendo "Jesús, Jesús". Reconoció la voz del Dr. Quagliotti (estaba con los ojos cerrados) y le preguntó cómo estaba.

Por la tarde tuvo algunas visitas. Un colega le indicó la necesidad de que una vez curado se tomase un mes de descanso, pero Abascal contestó vivamente: "Con quince días, basta". Encaminado ya su pensamiento hacia su clientela, corrigió a su hermana que había hablado de 300 clientes del Círculo Católico de Obreros en el mes, diciendo "fueron 480" y agregó: ¡Qué suerte que ayer había terminado todo lo que tenía que hacer!

Al rato divisó por encima del biombo, tendido delante de la puerta, la cara conocida del P. Feliú S. J., capellán del Círculo, quien en su trabajo apostólico tenía tan a menudo ocasión de colaborar en la obra de Abascal; lo llamó, y entonces, esos dos compañeros de trabajo conversaron animadamente de enfermos atendidos por ambos, cada cual en su esfera de acción.

Además, le dijo el operado: "Padre, ahora comprendo las palabras de nuestro Señor Jesucristo, en la Cruz: "Tengo sed": se refería a la parte material, porque bien había interpretado antes, la parte espiritual de la divina exclamación, cuando escribía en uno de los papelitos a que hemos hecho alusión: "Jesús, en la Cruz, tuvo mil motivos para tener sed corporal y la tuvo intensísima; pero más salvadora, sin duda alguna fue su sed espiritual: sed de caridad... y esa aún la tiene".

Debía morir el P. Feliz pocos días después, el 25, es decir, tres días después de Abascal.

Esa tarde y esa noche se sintió muy postrado. Quiso rezar al anochecer tres Ave Marías y tuvo que hacerse ayudar por su hermana. "Ni una Ave María rezo derecho", me dijo.

Según su hermana, en aquellos momentos se reflejaba en sus palabras y en su expresión la acumulación de todos los trabajos y fatigas de su vida.

Cansancio o más bien agotamiento, diremos, producido por ese intenso e ininterrumpido y embargado ofrecimiento de su tierna vida puesta toda entera al servicio de Dios y de sus semejantes.

El día siguiente lo pasó aliviado, pero por la noche le recrudecieron los dolores. La hermana de guardia, que lo veía retorcerse, le ofrecía hacerle una inyección calmante, pero él rehusaba: "Ya se me pasó, Hermana, ya estoy mejor".

El día transcurrió sin mayores novedades.

En la noche aumentaron mayormente los dolores y se manifestaron signos de oclusión intestinal. Se constató una torsión del mesenterio que había permanecido oculta a nuestros ojos. Resolvimos operarlo nuevamente. Él se resignó y quiso prepararse. El P. González le había traído la Santa Comunión. Le preguntó Abascal si traía también la Extremaunción. No, le contestó el sacerdote, pero se la traeré en seguida. Así fue. Recibió entonces también la bendición papal. Ya estaba pronto para la operación que se había decidido; y también para la muerte.

Esta segunda operación fue larga. Al volver en sí y habiéndosele llevado a su pieza lo primero que habló fue para repetir la jaculatoria que su hermana decía en ese momento: "Corazón de Jesús en Vos confío".

Ya pasado el efecto del anestésico sintió fuertes dolores que sin embargo calmaron al cabo de un rato, y acusó un bienestar notable. No obstante atormentarle una sed abrasadora que le duró toda la tarde y hasta cerca de la media noche. Pedía suplicante un poco de agua, una piedrita de hielo... Le era negada por exigencias del acto operatorio. Hubiera deseado tener a su alcance, decía, una jarrita llena de agua con hielo, para verla y saber que la tendría a su disposición en el

momento que le fuera concedido calmar su sed. Durante la noche pidió a su hermana le trajera una palangana con agua. Se lavó la cara y las manos, diciendo al contacto del agua fría: "¡Qué bendición!"

En el transcurso de la tarde fueron aliviando los dolores en proporciones notables. Sin embargo, el corazón estaba fallando, sufría intensa sed y a ratos deliraba con temas profesionales. Preguntaba: Señora ¿tuvo fiebre? ¿tuvo tos? Cuando se despertaba, aseguraba sentirse mucho mejor.

XXXI

LA MUERTE

Por la mañana del viernes 22 se sentía mejor, pero el corazón presentaba señales evidentes del desfallecimiento. A las 10.30 comprendió que se acercaba a su fin. Acudió el P. González y estuvo de plática con él. Mientras tanto, el practicante del Sanatorio intentaba efectuarle inyecciones estimulantes, pero los tejidos no retenían los medicamentos, Abascal le dijo que no lo tocara más, que se moría.

Un médico que se encontraba al lado de su cama le dijo para animarlo que lo que tenía era susto, pero que no se moriría y Manuel le contestó: "Yo me muero hoy, doctor, ya tengo las piernas dormidas".

Le agradeció después a su hermana por la asistencia que le había prestado en esos cuatro días y la interrogó si después (de su muerte, se entiende) traería a su madre. No, le contestó María Teresa, te llevaré a tu casa. Bueno, dijo Abascal, llévame a casa, dale a mamá la noticia despacio; que esta noche no reciban visitas, cierren el zaguán y que todos se acuesten y queden tranquilos.

Después pidió que se llamara a una persona a quien él quería mucho. Como ésta se hallaba en Colón y tardara en llegar, Abascal hacía repetir los llamados. Cuando llegó, se iluminó la cara del enfermo. "Acérquese, le dijo, creí que no lo vería más, le voy a dar un beso a Ud. que me ha querido como un padre". Así lo hizo, y le dijo en voz baja: "Pídale a su señora (fallecida) que rece por mí a N. Señor". Y después de un momento de recomendación, "la muerte no es fea". Luego, dirigiéndose a los demás presentes, les dijo en voz alta: "la muerte no asusta". Después me recomendó a su madre. "Mamá sufre del corazón. Hay que darle a menudo digitalina".

Llamó al Dr. Quagliotti, y le pidió que viera al presidente del Círculo Católico de Obreros para que le disculpara si había faltado a sus deberes y si no había interpretado bien los deseos de la Comisión Directiva. A su hermana recomendó fuera a encargar a la casera del consultorio de la calle Magallanes que pidiera perdón a todos los

enfermos que iban por allá. Al cabo de un rato volvió a pedírselo y que fuera a la calle Uruguay (no recuerdo el número) a pedir disculpa por no haber concurrido a un llamado hecho en la noche del martes, porque no le parecía necesario y ya se sentía mal.

También dijo, acordándose de los PP. Del Perpetuo Socorro, a quienes hacía tantos años veía diariamente: "A los Redentoristas, que se acuerden del que iba tempranito a Misa".

Volvió a recordar a su hermana que cuidara a su mamá y le hizo indicaciones respecto a la forma en que había que suministrarle la digitalina.

Luego comenzó a rezar fervorosamente, acompañado por el P. Carlos Bianchetti (ahora extinto), el P. Antonio González, el P. Baqué, por la Hermana Capuchina Clemencia, de guardia en el Sanatorio, por su hermana y alguno más.

De pronto, estiró los brazos hacia arriba, juntó las manos y exclamó con una expresión que parecía salir del fondo de su corazón: "¡Ah, si tuviera la suerte de alcanzar al Purgatorio!" Humilde invocación que me produjo al mismo tiempo admiración y temor.

Bien pronto empezó a flaquear la memoria. Llamaba al P. González y le pedía la absolución. Una de las veces le preguntó qué penitencia le señalaba.

Así mismo siguió rezando y cada vez que cesaban las oraciones que repetían los presentes, se apresuraba Abascal a pedir "oraciones, oraciones".

Después de un tiempo rogó a su hermana que le ayudase a rezar, porque sus fuerzas lo abandonaban visiblemente. Pidió un crucifijo para besar las llagas de N. Señor y espontáneamente dijo en voz alta la oración de conformidad a cualquier género de muerte y la oración post-comunión de los fieles, oraciones que había aprendido en su primera niñez. Luego murmuró: "Digan a todos que muero perdonando y pidiendo perdón".

A poco andar comenzaba la agonía. Los párpados ya no se levantaban, el sudor corría por todo su cuerpo y el pulso flaqueaba. La respiración superficial, apenas le permitía acompañar algunas frases de las oraciones que se decían. Pero no dejaba de implorar "oraciones", cada vez que se hacía el silencio. Ya no pudo decir más que esa palabra, que fue apagándose progresivamente hasta ser pronunciada en voz baja. Era apenas un soplo. Más tarde toda emisión sonora había desaparecido. Solamente, por el movimiento de los labios podía adivinarse la intención que embargaba los últimos momentos de aquella blanca alma.

La respiración se había hecho imperceptible, el movimiento de los labios se dibujaba apenas como una atenuada contracción. Estábamos esperando ya el último suspiro, el pulso desapareció.

Rodeaban en ese momento su cama los P. P. Bianchetti y González, la Hermana Clemencia, su propia hermana, el Dr. Quagliotti, el Sr. Ameglio, el Dr. Blanco, yo y 6 ó 7 personas más.

En ese instante, el Dr. Quagliotti, que estaba detrás de su cama, aplicó sobre su frente una reliquia del ahora San Juan Bosco que había sido enviada por los P. P. Salesianos con ese objeto. El efecto fue instantáneo. Al contacto de ella se produce una fuerte excitación, abre Abascal los ojos, se incorpora, recupera enteramente su voz y su pulso, se pone instantáneamente rosado y con un aspecto de asombro casi angustioso, empieza a hablar en voz fuerte: "¿Qué es esto, Dios mío? ¿de dónde vengo? ¿Qué ha pasado? ¿De dónde vengo? ¿Dónde estaba? Yo ya estaba... Yo no estaba aquí. Cómo ¿Ya he vuelto acá?", repitió y miraba extrañado a su alrededor.

"¡Qué contenta va a estar mamá!" "Pronto, inyecciones de cafeína, aceite alcanforado, estricnina". Requerimiento que, como se comprenderá, fue satisfecho de inmediato.

Muchas veces me he reprochado de no haberle preguntado: Dónde había estado y qué había visto. Pero otras tantas me he corregido de no haber obedecido a ese impulso de mi curiosidad ansiosa pero irreverente. Me he consolado siempre diciéndome que Abascal no me hubiera contestado, dejando caer el velo que parecía haberse en parte levantado... Creí entonces y creo ahora, que efectivamente su alma se había trasladado.

Luego se dirigió a mí y con profunda expresión de angustia me dijo: "Doctor Morelli, esto que acaba de pasar no es histérico; Ud. sabe bien que yo no soy neurótico, esto no es nervioso. ¿No es cierto? ¿No es verdad que todo esto es orgánico? Yo me estaba muriendo, me moría de peritonitis. ¿No es verdad? ¡Dígamelo, Dr. Morelli!"

Hube de tranquilizarlo, así como lo hizo también el Dr. Quagliotti, asegurándole que todo lo que él decía era cierto y que efectivamente estaba muriéndose, según todas las apariencias y por la peritonitis.

Confieso que en ese momento no me explicaba la razón inmediata ni la trascendencia posible de aquel suceso impresionante. Sólo después de largos meses, al reflexionar sobre esa escena, creí y creo percibir el verdadero alcance del testimonio requerido; y hoy, después de 5 años,⁴ cumplo con su pedido y de lo que ordene el Señor.

Al mismo tiempo que recuperaba la integridad de sus facultades intelectuales se producía una reacción paralela en su estado físico,

⁴ La parte publicada y de este mismo escrito lo fue en la fecha apuntada, en 1934. En el momento de dar sepultura a sus despojos mortales, hablando a la concurrencia que se había congregado en el cementerio para darle su postrero adiós en la tierra, dije embargado por la emoción que Manuel Abascal había sido el S. Luis de Gonzaga de nuestra época. Juicio que me parecía sintetizar el gran volumen de sus virtudes. Después al publicar mis palabras en "*El Bien Público*" las borré del conjunto de mi discurso, temeroso de que se pudieran considerar como atrevidas o quizá prematuras; pero la revista "Don Bosco" recogió mis palabras y al parecer las hizo suyas...

volviendo a un estado verdaderamente inesperado. El corazón y el pulso, la respiración, la tonicidad nerviosa y muscular habían mejorado de tal manera que pudimos abrigar la esperanza de que se salvara.

La reliquia de Juan Bosco había sido retirada de su frente desde el momento en que se había producido la reacción. Al notarse al cabo de media hora, que su estado no era ya tan satisfactorio, se trató de nuevo de aplicarle aquella pieza piadosa, pero con gran sorpresa y dolor nuestro, Abascal se resistió con todas sus fuerzas: "No, no, exclamaba", y presa de una gran agitación, alejó repetidas veces su frente defendiéndose con las manos y haciéndonos imposible alcanzar aquel propósito. Hubo que resignarse y dejarlo en paz; lo que hicimos, doloridos y extrañados.

Ya no pidió más inyecciones. Su estado fue empeorando lentamente. Pidió a su hermana que le dejara el crucifijo sobre su cuerpo y murió plácidamente a las cuatro y media de la tarde.

Mucho hemos llorado y lloramos esta pérdida para nosotros muy grande. Por mi parte confieso que la evocación de su vida me ha servido de edificación. Si estas líneas no producen el mismo efecto en los lectores, deberá atribuirse al que las ha escrito, notoriamente inferior a la ardua y elevada tarea a que se había abocado.

Fue para mí motivo de profunda emoción el oír al P. Luis Orione, después de haber leído el artículo de "*El Bien Público*" en el cual escribía la vida de Manuel Abascal aparecido en número extraordinario en ocasión del Congreso Eucarístico de Buenos Aires en 1934, y de cuyo artículo es ampliación el presente trabajo, el interés que demostró el R. P. Orione, preguntándome de qué manera podría orientarse para encontrar la tumba de Abascal, verosímilmente para rezar ante ella. Contestéle: - Manuel Abascal yace en el Cementerio Central en la tumba de su primo Ramón Abascal. La tercera tumba a la izquierda en el primer corredor de entrada.

Ahora, vamos a dejarlo hablar a él.

Su hermana, hoy Sor María Teresa, de las H. H. de la Inmaculada Concepción, arreglando después de la muerte de su hermano Manuel, la biblioteca y escritorio que le habían pertenecido, se encontró, colocados entre las páginas de los libros, con numerosos pensamientos suyos, escritos en hojas sueltas, que su hermano reunió con particular fruición, completando el seleccionario que a continuación estampamos.

Se nos representan cada uno de estos pensamientos, frases de soliloquios o más bien, Abascal queriéndose abrir a Dios, exteriorizándose en forma tangible, lo que Dios penetraba y veía en su corazón.

Quizá se trataba de una mística invocación cumplida para que después sirviera de edificación para los que se enteraran de ellos.

Ellos mostrarán mejor de aquel indigno que en las líneas que anteceden tentó bosquejar la figura moral de Manuel Abascal.

Si el autor no ha cumplido debidamente su cometido, las diáfanos líneas que siguen suplirán a su incapacidad.

XXXII

SELECCIONARIO ESPIRITUAL

Si no encuentras el verdadero camino es inútil que recorras otra senda.

¿Quieres con verdades humanas destruir la única verdad?

Eso prueba que no tienes la verdad.

Busca pues primero la verdad y si la encuentras verás que te conduce a Dios.

Cuanto menos ciencia, menos duda y más indiferencia.

Para disipar una duda debemos empezar por dejar de ser indiferentes.

La sonrisa irónica del descreído suele ser la piedra de toque que permite aquilatar, prácticamente, la serenidad del verdadero creyente.

La incredulidad es hija de la soberbia y nieta de la ignorancia.

Los falsos sabios jamás serán partidarios de seguir al autor de la sabiduría. La verdadera ciencia es un conjunto de verdades salidas de la interpretación de hechos bien estudiados. Muchos de los que están acostumbrados a interpretar los hechos han sentido que a Dios se le ve a través de esos hechos, pero no por esos hechos. Por perfecta que sea la interpretación de la parte, con ella sola no tendremos la visión de todo, y mucho menos del autor de todo.

La certeza clara y manifiesta, la plena evidencia de la razón y justicia de una causa, resulta siempre, para los ciegos voluntarios y obstinados verdadero acicate que exaspera su rencor hacia la luz. Es contraproducente hablar al que no quiere oír, ni ver, ni entender.

Jamás se deberá tratar con un ciego y sordo voluntario, pues de hecho obscurece o suprime sus nobles facultades para querer resolver siempre en contra de la razón, de la justicia, y de la luz.

Si miras la vida como un banquete acuérdate que tiene dos convidados: el cuerpo y el alma, y que en el mejor de los casos, es decir si procedes bien, lo que das al cuerpo se pierde, mientras lo que das al alma permanecerá para siempre.

XXXIII

ESPERANZA Y CARIDAD

Toda su vida y durante su muerte esperó y practicó la caridad. En el momento de su muerte vió colmadas, creo, sus esperanzas y nos iluminó con su postrera caridad.

Caridad, caridad y más caridad para los demás y piensa un poco para contigo mismo.

Poco puedo yo, pero mucho, con Aquél que me conforta. Cuanto menos puedo yo, más puedo ayudarme con Aquél que me conforta.

Si sembramos el bien hasta el fin, la cosecha la efectuaremos, sin la menor duda, en el mejor tiempo y de la mejor manera.

Sea nuestro constante anhelo ver a todos nuestros actos dirigidos por perfecta caridad cristiana.

Feliz del calumniado que no pudo jamás sentir arder odio en el corazón, pues ya estaba encendido en verdadera caridad cristiana.

El tiempo muestra lo que envejece y lo que no envejece.

Juventud perpetua revela el que aprovecha todos los momentos para sembrar el bien.

Es cierto que nos hiere la ingratitud, pero qué importa! El bien que no paga el mundo, íntegramente lo paga Dios. Como no va a ser pago *íntegramente* si no fue nada pago. ¿Y quién podrá pagarlo si no lo paga Dios?

Tiene caridad perfecta el que espera confiado y sereno el último juicio.

Jesús en la cruz tuvo mil motivos para tener sed corporal, y la tuvo intensísima; pero más abrasadora, sin duda alguna, fue su sed espiritual: sed de caridad... y aún la tiene!

Justicia y no gracia para conmigo, gracia y no justicia para el hermano, ya que Dios ha dicho: con la misma vara que midieres y no que te midieres.

Yo que escribo y tú que lees velemos siempre para que Dios no se vea obligado a repetir las palabras que dirigió a Caín.

Hermoso ejercicio médico. Curar al hermano, y luego... atender a otro hermano.

Si el médico no tuviese que luchar contra el dolor su ejercicio sería menos penoso, pero también menos noble.

La nobleza del médico es hermana inseparable del dolor ajeno.

La pseudo caridad merece que la ley le recuerde y ordene cumplir el derecho de asistencia que tiene todo enfermo. Pero la verdadera caridad está fuera de la ley escrita y hace más y mejor que lo que ordena la ley.

Quien dice que la caridad es un prejuicio atestigua no conocer sino la máscara de la caridad.

Tan vasto es el arte médico que médico que sólo sabe medicina, ni medicina sabe.

Se puede saber mucho de técnica, dominar la táctica y sobresalir en la terapéutica pero... olvidar o ignorar los derechos y deberes para con su prójimo...

Médico es el que posee las facultades requeridas para ejercer la Medicina. Medicina es el arte de conservar, de preservar y de curar y cuando eso no es posible, de aliviar y consolar.

Nada tiene tanto valor en Medicina como el arte de curar y si la cura no es posible, la manera de aliviar y consolar.

¿Qué importa que tengas un mundo de ciencia y otro de experiencia, si en la práctica demuestras que no tienes un adarme de caridad?

Gracias a Dios, Medicina no es una ecuación, sino el arte de curar a menudo, de aliviar casi siempre, de consolar siempre.

El recio y digno ejercicio médico no exige otra cosa que hacer, en todo momento, lo mejor que podamos en bien del prójimo.

XXXIV

PAZ Y CONCORDIA

El amor al prójimo, la paz del alma para sí y para los demás, la paz de Cristo. La paz en Cristo: "La paz os dejo, mi paz os doy".

La unión hace la fuerza. La desconfianza, sin motivo justificado, es el peor egoísmo y trae como castigo la desunión y la mezquindad de proceder.

Olvidando pequeños defectos, favorecemos la unión y la concordia que traen consigo fuerzas para la acción que suelen ser indispensables.

Todo esfuerzo colectivo se detiene cuando aparece la desconfianza y retrocede cuando sopla el viento frío del egoísmo.

Debemos ser prudentes pero jamás desconfiados.

Desconfiando sin motivo de tu hermano ni lo ayudas ni te ayudas.

Callemos siempre que no seamos capaces de decir algo que sea mejor que el silencio. De ese modo nunca nos arrepentiremos de haber hablado.

Que el silencio sea tan digno que a nadie le resulte cómplice de delito. El que calla otorga dice el refrán: que nuestro silencio tenga la dignidad necesaria y se verá que ni calla ni otorga.

La pena y el silencio son amigos.

La mejor manera de resignarnos es poner a Dios entre el dolor y nosotros.

Si no tienes bastante ingenio para hablar bien, al menos debes tener suficiente juicio para no hablar, si has de hablar mal.

En la duda, abstente. Si estás enojado, antes de hablar cuenta hasta cien, y si aún estás enojado cuenta hasta mil.

Si estás enojado, antes de hablar debes callar hasta que tengas la calma más completa y si no lo puedes conseguir vete y no vuelvas hasta que te olvides de lo que ha pasado.

Esto nos dice que cuanto más predomine el sentimiento sobre la razón, mayor debe ser el tiempo requerido para recuperar calma y juicio sereno.

Por la boca muere el pez. La Naturaleza nos ha concedido doble cerrojo para guardar la lengua.

La placidez risueña y serena puede pulir la aspereza del deber.

La vida es corta y quien ama la vida, no pierde su tiempo. En este fuerte ejercicio, suele llegar un momento en que la vida transcurre de tal suerte, que un trabajo es descanso de otro trabajo y una ocupación alivio de otra ocupación.

La censura que sólo quiere corregir jamás debe incluir agravio.

Querer enseñar agravando, es un contrasentido.

La ironía no corrige ni enseña, sólo encona.

El ejercicio médico lleva consigo una gran responsabilidad, es de gran utilidad pues, efectuarlo con prudencia, con tenacidad y con fe.

Trabajo y verdad: excelente norma de conducta para los que ocupan ese recio y digno puesto de combate que se llama Medicina.

“Largo y penoso es el camino del precepto, fácil y breve el del ejemplo” (Séneca). El precepto, gracias al raciocinio, ilustra y orienta; el ejemplo ya es guía que anima a recorrer la ruta. La eficacia de uno y otro fue comparada por Balmes a la potencia de una bala lanzada ya con la mano, ya con el arcabuz. Hay una frase latina que traducida dice: La palabra enseña, el ejemplo arrastra. Es en una palabra toda la diferencia que notamos del dicho al hecho.

Consejos de un médico: Si *quieres vencer lucha*, pero no basta la lucha; para vencer es necesario, además, *la verdad*. El perfecto conocimiento es necesario, pero no basta; es imprescindible *la oportunidad* unida a la exactitud. Ya hemos avanzado bastante pero aún falta algo y es: la *tenacidad*, para que nada quede por hacer y la *brevidad*, si es posible, por el ahorro de tiempo y de fuerzas que representa.

Estamos casi en el fin, pero falta algo que es como la sal que conserva y sazona los manjares y esto que falta es el *optimismo* que te hará sentir la alegría y la esperanza en la lucha por la victoria, que es la salud.

El médico no debe ser escéptico ya que cura bastantes veces y siempre mayor número de casos que los que el público le atribuye. Además alivia casi siempre y no es poco, sino mucho, el endulzar las penas del prójimo en los casos que otra cosa no se puede conseguir.

Por fin puede decirse, sin temor a desmentido, que el buen médico consuela siempre y en esto recibe la gran satisfacción del deber cumplido en toda su hermosa acepción: el rudo y digno ejercicio médico.

Así pues el sacerdocio que trae con sus responsabilidades penas hondas, no deja de traer además sus múltiples recompensas en los ojos confiados de aquellos necesitados que sólo tiene a nosotros y todo esperan de nosotros.

Es entonces que debemos decir: ¡Bendito sea Dios que nos permite ejercer este noble sacerdocio, con todo nuestro saber, con todo nuestro querer. Curar a menudo, aliviar casi siempre, consolar siempre!

Hay dos sacerdotes, el del alma y el del cuerpo. Quitadles el *espíritu de sacrificio*, con el cual deben cumplir, con gran responsabilidad, su elevado cargo y veréis que toda la sabiduría y toda la buena voluntad son nada, contra el embate diario que se ha de sostener y las amarguras a sobrellevar; veréis quizá, que falta un freno para el espíritu de rebeldía que todos debemos dominar; veréis en una palabra, como desaparece el puntal más fuerte de la verdadera caridad cristiana.

Lee y medita, es necesario, y ésta es la ocasión oportuna. Un genial observador decía a sus discípulos, unos cuatrocientos años antes de N. S. J. C.: "La ocasión es fugitiva", para enseñar a no dejar pasar el momento propicio.

Esa frase del sabio en los albores del arte dedicado a la salud del cuerpo, la debemos retener para no dejar pasar ocasión de consolidar la salud del alma.

El médico debe Comulgar a menudo ¿sabéis por qué? Vayamos por partes: Tenemos cualquiera de los defectos humanos y para empezar por lo peor tenemos la envidia. ¿Qué hará el médico envidioso, que no pueda ser rudamente golpeado, materialmente ahogado por mil y una situación adversa y que lo acorralen, para deponer y olvidar toda mezquindad frente al hermano que sufre?, pues bien, conocido queda, que lo hace pues venció a la envidia... y pasemos a otro. La ira, la gula, la lujuria, la mentira... Pero... y contra el materialismo, contra ese constante batallar de la carne, contra la materia, contra el desarreglo de la materia, materia, materia, siempre materia. Pues para esto: el eterno ideal, la eterna esperanza, el eterno amor...